

VOLVER A EXAMINAR LA UNIVERSIDAD CON OTROS, Y TAMBIÉN CON ORTEGA

PORTOCARRERO SUÁREZ, Felipe: *La idea de universidad reexaminada y otros ensayos*. Lima: Universidad del Pacífico, 2017, 311 pp.

MARTINA VINATEA
ORCID: 0000-0002-9326-3488

Aunque la bibliografía sobre la idea de universidad no sea tan amplia en español como en otras lenguas, podría decirse que es un tema recurrente en la reflexión de quienes se desenvuelven en el medio académico. Ése es el caso de Felipe Portocarrero quien, con más de cuatro décadas dedicadas a la Universidad en los campos de la docencia, la investigación y la gestión, expone lúcidamente un conjunto de reflexiones históricas sobre la idea de universidad organizado en cuatro ensayos que reseño a continuación. El propósito general está descrito en las primeras páginas: “argumentar [con abundante bibliografía] que la universidad ha desempeñado un papel esencial en las sociedades desde el medioevo hasta nuestros días” (p. 11).

En el primer ensayo titulado “Imágenes de la universidad en perspectiva histórica”, el autor realiza una apretada síntesis de elementos que ilustran la historia de la Universidad como institución, a través de cuatro periodos históricos: fundacional del medioevo; la Edad Media temprana; el periodo industrial hasta la Segunda Guerra Mundial; y desde los años de la posguerra hasta la actualidad. Al abordar estos periodos con una impresionante bibliografía, enfatiza en algunos aspectos que

considera relevantes: la estructura organizativa, el gobierno interno, los campos del saber y los problemas en la administración y gestión (p. 19). Ciertamente, el tema que se desarrolla con mayor énfasis y gran lucidez es el de los campos del saber.

La historia de la Universidad descrita por Portocarrero, se inicia en los remotos orígenes que llevan hacia la existencia de un significativo número de escuelas privadas en los siglos XI y XII, en Bolonia y París principalmente, donde maestros independientes asumen la formación de discípulos interesados en mejorar su educación. El término *universitas* se refería al grupo humano, no a la “universalidad del saber”; sin embargo, ya estaba en el término la noción de “entidades morales” responsables de su aprendizaje, que a lo largo de la Edad Media temprana se convierten en “entidades corporativas” que alcanzan prestigio social y acreditan mediante licencias a sus miembros. En esa época se empiezan a otorgar los grados académicos principales que se mantienen hasta hoy y también se institucionalizan cuatro facultades: artes, medicina, leyes y teología (como puede verse, no se consideran las ciencias naturales ni las realizaciones técnicas e instrumentales). Finalmente, se determina el método de enseñanza: la clase y la disputa; y la lengua franca en que las clases debían ser impartidas: el latín. Hacia mediados del siglo XV, los *studia humanitatis* introducen importantes reformas, entre ellas, las llamadas siete artes liberales: el *trivium* (gramática, lógica y retórica) y el *quadrivium*

Cómo citar este artículo:

Vinatea, M. (2018). Volver a examinar la Universidad con otros, y también con Ortega. Reseña de “La idea de universidad reexaminada y otros ensayos”, de Felipe Portocarrero Suárez. *Revista de Estudios Orteguianos*, (36), 189-192.

<https://doi.org/10.63487/reo.275>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
N° 36. 2018
mayo-octubre

(aritmética, astronomía, geometría y música). Posteriormente, se fue desarrollando también la forma de gobierno de estas instituciones: la asamblea, el rector, los maestros y un conjunto de funcionarios de menor rango, encargados de la administración. A inicios del siglo XIX, Wilhelm von Humboldt deja su impronta en la organización de la Universidad moderna: la libertad académica, la ampliación de carreras, la diferenciación entre la investigación pura y la aplicada. Luego este esquema colapsa con el nazismo y la Segunda Guerra Mundial. Así, después de la preponderancia de las universidades europeas, el foco de atención se traslada a Norteamérica y del principio unificador que se mantuvo desde el inicio y se prolongó hasta la Edad Moderna, la idea de universidad se transforma en una “multiversidad”; es decir, instituciones que han perdido su cohesión interna, donde existen “comunidades diversas y distintas en su conformación con pocos intereses compartidos y usualmente en conflicto e integrada por estudiantes de pregrado y posgrado, y por profesores pertenecientes a distintas facultades” (p. 118).

En el segundo ensayo titulado “La idea de universidad reexaminada”, Felipe Portocarrero se propone explorar la “idea de universidad” a la luz del análisis de diferentes autores que la han desarrollado. En primer lugar, cobran relieve las ideas del cardenal Newman, cuyo libro *The Idea of a University* (1852), recoge las reflexiones que mayor impacto han tenido desde el momento en que fue escrito hasta la actualidad. Siguen Pattison, Leavis, Jaspers, Ortega y Kerr, cuyas ideas marcaron los sistemas

universitarios de sus respectivos países: Inglaterra, Alemania, España y Estados Unidos. Si bien es cierto cada uno de ellos tiene una postura diferente, comparten la percepción de la institución universitaria como “la que mejor encarna las fuerzas y los impulsos civilizatorios y la que mejor representa el lugar de encuentro, de diálogo en el que no solo pueden producirse la discrepancia razonada, sino también el debate alturado de diferentes perspectivas de análisis” (pp. 236-237). Newman plantea de manera muy clara su visión de la Universidad: es el lugar donde se enseña el conocimiento universal y los profesores son quienes modelan los principales atributos de sus alumnos, quienes deben transformarse en una suerte de *gentlemen*. La institución universitaria debiera ser más un lugar de educación que de instrucción. En este ensayo, llama especialmente la atención el apartado VII dedicado a José Ortega y Gasset, único autor de habla hispana cuyas ideas están recogidas en el libro. Ortega, intelectual preocupado por reformar la situación universitaria que describía como “triste, inerte y opaca”, escribe en la célebre *Revista de Occidente* su ensayo *Misión de la Universidad* (1930). Según este autor, el cambio debía empezar por erradicar el rasgo “más nocivo, perverso y vil de la idiosincrasia española: la chabacanería” (p. 198). Para revertir ese mal, Ortega proponía prepararse para la vida pública con seriedad, convicción moral y fe en que las circunstancias sociales podían ser transformadas. Lo primero que debía hacerse era “realizar una reforma universitaria que acertara en identificar su misión, su auténtico y original queha-

cer” (p. 198). Asimismo, precisó que la enseñanza superior consistía en hacer y enseñar investigación científica. En ese contexto, la idea de “cultura”, entendida como virtud cívica, estaba destinada a “ayudar a vivir e influir vitalmente en la historia inmediata” (p. 200). Esta cultura institucional estaba en la base de la reforma y ciertamente debía estar acompañada de un plan de estudios que aporte un *mínimum* —que es lo que de verdad se puede aprender— que sirva para seguir aprendiendo. Su original idea de universidad es “la de una fuerza espiritual singular y la de una inteligencia convertida en institución” (p. 205).

El tercer ensayo titulado “Mirar el abismo: el divorcio entre la ciencia, las ciencias humanas y las ciencias sociales” recoge una realidad actual, iniciada en la segunda mitad del siglo pasado: la separación (en realidad, la polarización) entre las ciencias y las humanidades o entre los “intelectuales” o humanistas y los científicos, especialmente los físicos, según explica Portocarrero —a partir de las ideas de Charles Percy Snow—, nacida del ritmo de los cambios en las disciplinas humanistas y científicas: muy lentos en el caso de las humanidades; y vertiginosamente rápidos, en el de las disciplinas científicas. Tal perspectiva conducía a pensar en una brecha difícil de cerrar entre las “dos culturas” que, en realidad, se había construido sobre la base de “malentendidos y prejuicios” que deberían eliminarse para “el florecimiento de un pensamiento que tuviera sabiduría e inteligencia”. El mayor detractor de las ideas de Snow fue Frank Reymond Leavis, quien en 1962 dictó una conferencia cuyo objetivo era traer abajo las ideas de

Snow. “La «controversia Snow-Leavis» se transformó en uno de las más estimulantes contribuciones al debate público durante el siglo XX” (p. 260). Luego, Portocarrero sugiere a las ciencias sociales como bisagra entre la pugna entre las ciencias y las humanidades con la esperanza de que sean capaces de aceptar que todo saber está enraizado en un contexto social determinado que no está reñido con la búsqueda de un conocimiento objetivo de las diversas disciplinas. Así, las ciencias sociales repensadas pueden facilitar que la organización de la Universidad y la gestión académica puedan hallar un camino de mayor integración entre las ciencias en conflicto. Inclusive el autor, con Wallerstein, propone acciones específicas para la integración de las diversas ciencias en el seno de la Universidad.

En el último ensayo “¿Un nuevo *quadrivium*? Notas sobre el pensamiento educativo de George Steiner”, Portocarrero se concentra en la propuesta del mencionado autor sugerida en el capítulo “Cuestiones educativas” de su obra *Los libros que nunca he escrito* (2008). Lo medular de su propuesta estriba en imaginar un nuevo *quadrivium* de disciplinas: matemáticas, música, arquitectura y ciencias de la vida que permita una base de conocimientos comunes dentro de un plan de estudios que “abra nuevos horizontes y experiencias vitales a los estudiantes” (p. 290); el original intento de Portocarrero está en reflexionar sobre “el papel que les corresponde cumplir a las humanidades y las ciencias sociales en ese utópico sistema del futuro” (p. 291). Después de hacer un diagnóstico de la

situación actual de la educación universitaria europea: alumnos semianalfabetos, antiintelectuales; proliferación de universidades mediocres y carreras utilitarias que responden a demandas de mercado; en contraste, el caso de la educación norteamericana es diferente, pues si bien una parte se asemeja a la europea, otra –amparada en los ideales estadounidenses ligados a la importancia del futuro– tienen cumbres de enseñanza incomparables.

Finalmente, Portocarrero incide en una suerte de “ejes transversales”, mencionados por Steiner, que funcionan como telón de fondo y que han reconfigurado las fronteras del conocimiento y del aprendizaje en el mundo actual:

1. Se asocia al concepto de *literacy* (saber leer y escribir). Después de la caída del Imperio romano, en el interior de los monasterios, una élite letrada logró asegurar los conocimientos de la civilización antigua que debían ser conservados aun con la impronta cristiana. Luego, esa cultura se democratizó y se conserva en diversos niveles.

2. Se vincula con el conocimiento matemático, *numeracy*, cuyo impacto ha alcanzado a todas las áreas del saber humano. A partir del desarrollo de herramientas matemáticas, muchas otras ciencias, sobre todo las sociales, han podido cuantificar con mayor precisión sus resultados. Sin embargo, ha profundizado la brecha existente con las humanidades.

3. Considera la revolución tecnológica que podría constituirse como una “tercera cultura” por su “trascendencia incalculable” en todas las áreas del conocimiento humano. No se puede prever de

qué manera ni cuánto esa información impregnará la existencia del ser humano.

Ahora bien, en este escenario, Portocarrero se pregunta quién se hará cargo de enseñar los saberes indispensables para enfrentar los desafíos de la vida moderna presente y futura. La respuesta es el maestro, un maestro que consiga educar en el sentido más amplio del término, que inspire a sus alumnos y que logre enseñar los nuevos lenguajes que los alumnos deben aprender: el de las ciencias, que debe desarrollarse incentivando la curiosidad; el lenguaje de la música, que es el que más acerca a la trascendencia; el lenguaje de la arquitectura, que se acerca al de la música con sus proporciones y armonía y que se superpone a la estética; y finalmente, el lenguaje de las ciencias de la vida, de la biología molecular y la genética. Quizá el círculo histórico se cierre con un volver a empezar; es decir, que vuelvan los maestros independientes a rodearse de un selecto grupo de discípulos que quiera ser educado.

En suma, puedo asegurar que el propósito del libro, que no es otro que presentar un organizado y bien planteado recuento del estado de la cuestión sobre la educación, se cumple plenamente y que por su información relevante debiera ser de lectura obligatoria para todo aquel que esté vinculado o quiera vincularse con el quehacer académico. Sin embargo, me habría gustado ver plasmada la idea de universidad de Portocarrero en un quinto ensayo, pero no me extrañaría que por ser un hombre ligado a la teoría y a la praxis vuelva sobre el tema después de una nueva etapa de experiencia en el campo.